

Los autores

Santiago Segura Munguía, doctor en Filología Clásica, Catedrático de Latín y actualmente profesor emérito de la Universidad de Deusto, ha dedicado su dilatada y prestigiosa vida profesional al estudio de la cultura clásica. Entre sus últimas obras, publicadas en la Universidad de Deusto, destacan el *Diccionario Latín-Español y las voces derivadas*, *Los Jardines en la Antigüedad* y *Frases y expresiones latinas de uso actual*. Manuel Cuenca Cabeza también es Catedrático de la Universidad de Deusto. Introduce los Estudios de Ocio en la universidad española al fundar el Instituto de Estudios de Ocio, una de las primeras instituciones europeas en investigación y programas de postgrado sobre el tema. Ha publicado 22 libros y más de 120 artículos de investigación relacionados con el ocio.

Ana Ponce de León Elizondo
Universidad de La Rioja

TERRÉN, Eduardo (2004). *Incorporación o asimilación. La escuela como espacio de inclusión social*. Madrid: Los libros de la Catarata.

Esta publicación responde a una idea central que es dar respuesta a un fenómeno de implantación reciente pero que ha tomado carta de naturaleza en la sociedad española en un periodo relativamente corto: la diversidad cultural. Es en su introducción, donde Terrén señala que su propósito es mostrar cómo se construye y percibe esta diversidad y los retos que plantea una escuela que trabaja por una sociedad más inclusiva y menos favorecedora de ampliar las desigualdades. Porque lo específico de la exclusión son las relaciones asimétricas, las desigualdades basadas en la diferencia, todas ellas con origen o provenientes de lo diverso culturalmente, de donde dimanan los cambiantes y continuamente reconstruidos conceptos de identidad, ciudadanía, y, apostilla Terrén, de la racialización de la humanidad.

Para entender la diversidad cultural, Terrén parte de una reflexión de los movimientos globalizadores, mal llamados antiglobalización, como es la de pensar desde lo global y actuar a nivel local, y así responde que la diversidad cultural es un fenómeno global que debe ser abordado localmente; abordaje que se puede efectuar desde un espacio de oportunidades como es la escuela.

El espacio de carácter inclusivo que se puede desarrollar en la escuela puede servir de contrapeso a los movimientos de segregación y exclusión que configuran los campos de la identidad cultural y de la ciudadanía asociada al Estado-nación.

En este sentido aboga por la idea de un vecindario global “cada vez más numeroso, cada vez más diverso y cada vez más desterritorializado”, frente a la idea perversa de una Mcdonalización del mundo, donde la hipotética homogeneidad del discurso cultural occidental y desarrollado, se impondría hegemónicamente al resto del mundo, pervirtiendo la aparente diversidad que tan sólo sería un patético reflejo de los modelos de consumo imperantes.

Sin embargo, Terrén señala que la “mundialización cultural entendida como efecto de la globalización del mercado de los bienes culturales no debe asociarse necesariamente con una uniformización cultural de los individuos”, pues la movilización de las identidades nacionales, los fundamentalismos religiosos y todo tipo de esen-

cialismos, actúan como una fuerza centrífuga en el sentido de fragmentar cualquier intento de hegemonización cultural. Además, la realidad nos señala con sus constantes cambios que son las construcciones y reconstrucciones identitarias las que se imponen ocasionando una diferenciación cada vez mayor en la humanidad.

La escuela moderna como agente al servicio del Estado-nación, tenía la misión de socializar a los individuos en el ámbito de la ciudadanía, pero la escuela del siglo XXI debe sobrellevar una tarea fundamental, como supone el abordaje de la diversidad cultural, fuente de riqueza y conflicto en la sociedad posmoderna. Para ello debe asumir “la renovación del aprendizaje de la convivencia, la reconstrucción de las identidades sociales y la formación de una ciudadanía activa”, y participativa.

Y para la escuela utilizo la palabra sobrellevar, pues demasiado se le ha pedido y se le pide a la escuela y sus agentes dinamizadores, los maestros y profesores, los cuáles unen al desánimo y el cansancio renovador, su vertiginosa caída en la consideración social, que les otorga poco más o menos que un estatus funcional de baja estima y reconocimiento. Por esto, insiste de forma clarividente Terrén, “la indiferencia, el esencialismo y la desmotivación constituyen, pues, claves decisivas de un contexto parco en fuerzas que puedan traducir efectivamente la incertidumbre de la novedad en una oportunidad de regeneración de la educación democrática”.

La escuela española del siglo XXI apenas tiene experiencia en la acogida de alumnos procedentes de familias inmigrantes, pese a que su incorporación ha sido muy rápida en los últimos años. Su única experiencia, su desafortunada experiencia en este campo, fue el intento de asimilación de la minoría gitana. Además, la escuela española se inserta en una sociedad cambiante en sus esencialismos religiosos y de identidad nacional, pues ni se ha asentado libremente y sin cortapisas el creciente proceso de secularización de acuerdo a la proclamada aconfesionalidad del Estado, ni tampoco se ha definido claramente las relaciones Estado y confesiones religiosas, sin menoscabo de la laicidad demandada a las instituciones que lo soportan. Del mismo tenor es la indefinida identidad nacional, que ni es la suma de las especificidades regionales, ni se encuentra en la oposición a las denominadas comunidades nacionales; es una identidad imprecisa, recreada constantemente al albur de los procesos de descentralización y desmembración del poder hegemónico del Estado-nación. Por último, la sociedad española, es una sociedad que confiesa abiertamente su tolerancia frente al otro (durante muchos años España apareció en las estadísticas europeas como el país menos racista), pese a que los brotes y estallidos de violencia racista no surgen de la nada, sino de un soterrado y palpitante rechazo por lo diferente, principalmente en situaciones de conflicto y oposición frente al “otro”.

Ante este panorama, Terrén aboga por el estudio y la intervención en los tres fenómenos básicos en el análisis de la diversidad cultural: la racialización, la identidad y la ciudadanía. La racialización es un proceso mediante el que se pervierte el reconocimiento de la diversidad cultural, al estereotipar las diferencias según una relación jerárquica donde se asumen como centrales los rasgos identitarios del occidente desarrollado; es decir, confirmando desde una posición eurocéntrica las relaciones de dominio con la población diversa no autóctona, a la que paradójicamente se le otorgan los elementos propios de una cultura homogénea.

Sin embargo, asistimos a la conformación de identidades múltiples, pues los ciudadanos se adscriben a grupos de referencia que pueden entrar en concurrencia entre sí, produciendo una multiplicidad de identidades dinámicas y, a menudo con-

cordantes, que no se expresan necesariamente de forma explícita, porque permiten la recreación constante de las mismas.

Para conseguirlo, los grupos étnicos, en el proceso de negociación de su identidad social, han observado que “la incorporación participante” en la sociedad de acogida, les permite alcanzar resultados satisfactorios sin renunciar a su identidad. En este sentido, Terrén muestra que “debe abandonarse la tradicional creencia asimilacionista de que el alumnado procedente de familias inmigrantes debe renunciar a la cultura y estructura de relaciones de su comunidad de origen para registrar una experiencia educativa satisfactoria”. Si de verdad, lo que se busca es contribuir a una renovación democrática de la escuela, el análisis de la diversidad cultural y de los fenómenos identitarios y de participación ciudadana, son los ejes fundamentales sobre los que se asienta dicha renovación. Por esto, el libro de Terrén, al hacer suyo este compromiso y extenderlo más allá con el desenmascaramiento del racismo en la escuela, logra sentar las bases teóricas sobre las que profundizar en futuros estudios e investigaciones.

Joaquín Giró Miranda
Universidad de La Rioja